

Domingo 10: La Providencia de Dios

Preguntas y Respuestas 27-28

Lectura: Génesis 22:1-19

Salterios:

Primero: 275:1,3,4

Segundo: 400:2,3,5

Tercero: 161:1,4-8

Cuarto: 202:1-2

Último: 366:3

Querida congregación,

Es un capítulo bastante impresionante el que nos ha sido leído. Escuchamos cómo Abraham tuvo que ir al monte Moriah, donde tuvo que poner a su único hijo en el altar. Isaac era el portador de la promesa. Al sacrificar a Isaac, Abraham sacrificaría su propia salvación. Sin embargo, fue en obediencia, confiando en que Dios podía levantar a Isaac de la muerte y que Él proveería para Sí un cordero para holocausto. Cuando, al parecer, todo estaba perdido, un asombroso milagro tuvo lugar. Isaac no tuvo que morir porque hubo un sustituto. El lugar de Isaac fue tomado por un carnero, un sacrificio que apuntaba hacia adelante, al Cordero de Dios, el Señor Jesucristo, quien vendría a este mundo para quitar los pecados de Su pueblo. Esa es la maravilla de la gracia libre y soberana.

Por amor a Cristo, el Señor tendrá misericordia de los pecadores culpables hasta la muerte. Por causa de Cristo, Dios también proveerá a Sus hijos de todo lo que ellos necesitan para cuerpo y alma. Eso es lo que dice el apóstol en su Epístola a los Romanos: *“El que aun a su propio Hijo no eximió, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”* (Romanos 8:32). Allí tienen el secreto de lo que nuestro Catecismo llama la providencia de Dios. Quisiéramos meditar en estas cosas mientras consideramos el Domingo 10 del Catecismo de Heidelberg, Preguntas y Respuestas 27 y 28.

Pregunta 27: ¿Qué es la providencia de Dios?

Respuesta: Es el poder de Dios, omnipotente y presente en todo lugar, por el cual sustenta y gobierna el cielo, la tierra y todas las criaturas de tal manera, que todo lo que la tierra produce, la lluvia y la sequía, la fertilidad y la esterilidad, la comida y la bebida, la salud y la enfermedad, las riquezas y la pobreza y finalmente todas las cosas no acontecen sin razón alguna como por azar, sino por su consejo y voluntad paternal.

Pregunta 28: ¿Qué utilidad tiene para nosotros este conocimiento de la creación y providencia divina?

Respuesta: Que en toda adversidad tengamos paciencia, y en la prosperidad seamos agradecidos, y tengamos puesta en el futuro toda nuestra esperanza en Dios nuestro Padre fidelísimo, sabiendo con certeza que no hay cosa que nos pueda apartar de su amor, pues todas las criaturas están sujetas a su poder de tal manera que no pueden hacer nada sin su voluntad.

El Domingo 10 proclama:

La Providencia de Dios

1. Es el poder del Todopoderoso
2. Es la mano de un Padre
3. Es la fidelidad del Señor

Repito: La Providencia de Dios. La consideramos primero, como el poder del Todopoderoso; en segundo lugar, como la mano de un Padre; y, por último, como la fidelidad del Señor.

Primer pensamiento. Es el poder del Todopoderoso.

En el Domingo 9 hemos escuchado que Dios creó el mundo. El Domingo 10 nos muestra que Él también lo preserva. El Señor sustenta y preserva este mundo. De hecho, esto ya fue mencionado en el Domingo 9. El Catecismo confesó a Dios como Aquel que también está “sustentándolo y gobernándolo todo por su eterno consejo y providencia”. Noten esas dos palabras: consejo y providencia. El consejo y la providencia de Dios pueden compararse a un plano de construcción y su ejecución. Para decirlo de forma sencilla, Dios es como un Constructor que primero hace un diseño y luego lo realiza. El cielo y la tierra son como una casa que primeramente fue diseñada, luego construida y ahora gobernada. Es preservada por Su “eterno consejo y providencia”. Incluso los enemigos que intentan destruir la casa u obstruir el proceso de construcción no pueden hacer otra cosa que cumplir los propósitos de Dios y servir a Su iglesia. *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”* (Romanos 8:28).

La providencia de Dios es muy ancha y muy profunda. No implica simplemente que Dios sepa lo que ocurrirá. Cuando nosotros, como seres humanos, hacemos predicciones, podemos acertar o equivocarnos en lo que pensamos. Dios, sin embargo, no hace predicciones. Él ha decretado lo que sucederá y ya conoce el fin desde el principio. La providencia, en su sentido bíblico, significa que Dios provee. Significa que Él vela por Su pueblo y suple todas sus necesidades. En Filipenses 4, el apóstol dice: *“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”* (versículo 19). ¿No fue esto ilustrado de la manera más vívida en

Génesis 22? Dios proveyó el sacrificio, aunque Abraham no sabía cómo lo haría el Señor. Dios proveyó para Sí un cordero para el holocausto. Ese es el núcleo del evangelio. El Padre dio a Su Hijo. Dios mismo dio el sacrificio necesario para satisfacer Su justicia agraviada y abrir el camino para que los pecadores pudieran ser restaurados a la comunión con Él.

Congregación, esto es lo que debemos tener presente al leer la respuesta a la Pregunta 27: “¿Qué es la providencia de Dios?” La respuesta dice que es “el poder de Dios, omnipotente y presente en todo lugar, por el cual sustenta y gobierna el cielo, la tierra y todas las criaturas de tal manera, que todo lo que la tierra produce, la lluvia y la sequía, la fertilidad y la esterilidad, la comida y la bebida, la salud y la enfermedad, las riquezas y la pobreza y finalmente todas las cosas no acontecen sin razón alguna como por azar, sino por su consejo y voluntad paternal.” Así que, la providencia es, en primer lugar, el poder del Dios todopoderoso. No es Dios mismo. Dios es más que Su poder. Dios es más que Su providencia.

Hay gente que habla de la “*providencia*” cuando algo está más allá de su comprensión y cuando no quieren mencionar el Nombre del Señor. Incluso los maestros o docentes en los colegios o universidades pueden utilizar esa expresión. Por supuesto, esto nos puede dar una sensación de familiaridad. Tales personas nos dan la impresión de que creen en un Ser Superior. A este Ser lo llaman “*Providencia*”, a menudo escrito con mayúscula. Sin embargo, debe plantearse la pregunta de qué quieren decir con ello. Según la Biblia, la providencia no es Dios mismo, sino solo el poder de Dios. Dios no es un poder impersonal, sino Aquel que se ha revelado al pueblo de Israel, Aquel que proveyó para Sí un cordero para el holocausto. Él es el Padre del Señor Jesucristo, el Dios vivo y verdadero, inmutable en Su fidelidad. Es este Dios Quien provee para todas las necesidades de Sus hijos.

Así que, la providencia de Dios no es nada más que el poder de Dios, el omnipotente y omnipresente poder de Dios —nada más y nada menos. Debemos subrayar eso también: nada menos. Dios está involucrado en todas las cosas de este mundo. Lo decimos con reverencia: Él está interesado en todo lo que sucede debajo del sol. Aquel que hizo el cielo y la tierra, se asegurará de que el mundo exista hasta el último día. No, el mundo no es como un reloj al que solo hay que darle cuerda, ni como un reloj de pulsera que solo necesita una batería. Tal reloj puede funcionar por sí solo. Aquel que lo hizo ya no se interesa en él. Solo necesitará alguna atención cuando se rompa. Con el mundo, sin embargo, el caso es totalmente diferente. Dios lo hizo, y Dios lo sostiene en la palma de Su mano. Constantemente mantiene y preserva la obra de Su creación.

¿No está eso por debajo de Su dignidad? En las sociedades tradicionales, un jefe no se ocupa de todos los detalles de los asuntos tribales. Permanece en segundo plano y solo se le ve en ocasiones importantes. En nuestro mundo moderno ocurre lo mismo. El director de una empresa se ocupa de las decisiones políticas generales de la empresa, pero deja el resto a sus empleados.

Seamos honestos, es así como frecuentemente pensamos de Dios. Así actuamos en nuestras vidas diarias. A lo sumo, solo le encomendamos los asuntos difíciles, y nosotros nos encargamos de lo demás. Creemos que podemos ordenar nuestros propios asuntos. Es solo cuando se nos presenta una imposibilidad que comenzamos a invocar a Dios como ese Ser Supremo.

Sin embargo, eso es una negación de lo que leemos en el Domingo 10. Dios no es solo el Creador, sino también el Preservador de todo. No está por debajo de Su dignidad gobernar todas las cosas, tanto las pequeñas como las grandes, y prestar atención a los detalles más pequeños. La Palabra de Dios nos enseña que Él mantiene todas las cosas por la Palabra de Su Poder. Si esto no fuera así, nuestro mundo se desmoronaría, y la raza humana dejaría de existir. ¿Nos damos cuenta de que —solo para mencionar una cosa— estamos literalmente viviendo encima de fuego? Es sorprendente escucharlo, pero el interior de la Tierra es fuego. La mayor parte de la superficie terrestre está cubierta de agua. La corteza de la Tierra es muy delgada. La capa de ozono que rodea la Tierra está hecha de tal manera que podemos respirar y sobrevivir. Si aparecen más y más agujeros en esa capa, la vida humana, finalmente, se extinguiría. ¡Piense en eso! Si el Señor retirara Su mano de nosotros, todo se desmoronaría. Todos llegaríamos pereceríamos.

Además de eso, ¿se ha preguntado alguna vez cuántas personas viven en nuestro planeta? Hay miles de millones. Todas esas personas necesitan ser alimentadas, gobernadas y controladas. ¿Quién puede hacer eso? Para nosotros ya es difícil controlar nuestra propia vida y administrar nuestro propio hogar. Nuestros hijos necesitan ser vestidos y alimentados, y hay tantas otras cosas que se deben cumplir cada día. ¿Quién, entonces, puede gobernar el mundo entero? ¿Quién lo puede sostener? Solo Dios lo puede hacer con Su poder omnipotente y omnipresente. Él es Aquel que da la vida, el aliento y todas las cosas, y Quien ha determinado el lugar donde hemos de vivir (Hechos 17:25-26). Es también Aquel que cuida del hombre y de la bestia: *“Oh Jehová, al hombre y al animal conservas”* (Salmo 36:6).

Congregación, ¿puedo hacerles una pregunta? ¿Cuál es la razón de que pensemos y *veamos* tan poco de todo esto? ¿No es porque somos criaturas caídas con un entendimiento entenebrecido? ¿No es porque argumentamos y racionalizamos todo? Además, vivimos en un mundo caído donde a menudo parece que Satanás gobierna y donde la gente dice: “Toma tu vida en tus propias manos.” Y entonces hay también otro punto: a menudo el Señor realiza Su obra de manera oculta, silenciosa, insondable, pero también maravillosa e irresistiblemente.

Un ejemplo de eso es el libro de Ester. El libro que lleva su nombre es un libro maravilloso. No se menciona el Nombre de Dios en ningún capítulo —¡ni aún una sola vez! Sin embargo, la providencia de Dios se manifiesta en cada página. Cada capítulo refleja los maravillosos caminos del Señor. No se ve Su rostro; Su semblante está oculto. Pero Su mano está allí, dirigiendo y guiando todo hacia el cumplimiento de Su propósito digno de adoración. Lean ese libro si desean ver lo que la providencia de Dios significa en la práctica real. Es el poder del Todopoderoso

desplegado para derribar a Sus enemigos y la mano de Dios el Padre obrando en favor de Sus hijos. Esto nos lleva a nuestro segundo pensamiento: la providencia de Dios no es solo el poder de Dios, sino también la mano de un Padre.

Segundo pensamiento. Es la mano de un Padre.¹

En las Escrituras podemos leer sobre el dedo de Dios, sobre el brazo de Dios y sobre la mano de Dios. ¿Cómo deberíamos entender estas cosas? ¿Es Dios un ser humano como lo somos nosotros, con manos, brazos y dedos? No lo es. Dios es Espíritu. Sin embargo, las Escrituras describen a Dios con palabras que nosotros podamos entender. Cuando leemos sobre la mano de Dios, debemos pensar en Su poder. Utilizamos nuestras manos para actuar y ejercer poder, ¿verdad? Si no tuviéramos manos, ni brazos, ni dedos, seríamos impotentes. Dios, sin embargo, no es impotente. Nunca ha tenido ni tendrá ningún límite.

La Biblia habla del *dedo de Dios*. Solo necesita levantar Su dedo para esparcir a Sus enemigos. Podemos encontrar ejemplo de esto en Éxodo 8:19, donde se nos cuenta acerca de la confrontación entre Moisés y los magos de Egipto. Cuando Moisés realizó milagro tras milagro, los magos tuvieron que reconocer que eran impotentes. Ellos dijeron: “*Dedo de Dios es este*”. Encontramos lo mismo en el Evangelio según Lucas, capítulo 11, versículo 28. Allí los adversarios del Señor Jesús tuvieron que admitir que Él echaba fuera los espíritus malignos por el dedo de Dios. Que Él se oponía a los poderes de las tinieblas en el Nombre de Su Padre.

La Biblia también habla del *brazo de Dios*. El poeta del Salmo 89 dice: “*Tuyo es el brazo poderoso; fuerte es tu mano, ensalzada tu diestra*” (versículo 13). ¡Cuán consolador es para el pueblo de Dios el conocimiento de que el Señor es poderoso para sostenerlos y preservarlos en medio de todas sus luchas e imposibilidades! Con Su brazo poderoso, el Señor los protege del enemigo y los sostiene en la batalla de la vida.

De la misma manera, la Biblia habla de la *mano de Dios*. El poeta del Salmo 118 canta: “*Voz de júbilo y de salvación hay en las tiendas de los justos; la diestra de Jehová hace proezas. La diestra de Jehová es sublime; la diestra de Jehová hace proezas*” (Salmo 118:15-16).

Congregación, ¿han notado alguna vez la mano de Dios? Es de alta importancia tener ojos para ver lo que el Señor está haciendo en este mundo y en Su iglesia. Nuestros tiempos son oscuros y difíciles; por lo tanto, es muy importante leer la Palabra de Dios y vivir cerca de las Escrituras.

¹ El texto original presenta un breve párrafo inicial que introduce el segundo punto: “Es notable que la palabra ‘mano’ aparece nada menos que tres veces en el Domingo 10: dos veces en la respuesta a la Pregunta 27 y una vez en la respuesta a la Pregunta 28.” El autor hace referencia al uso frecuente de “la mano del Padre” en la traducción al inglés del Catecismo de Heidelberg. Como esta frase no aparece en la traducción al castellano del Domingo 10, el traductor ha optado por omitir este párrafo en el sermón. No obstante, puede incluirse aquí como referencia para comprender las alusiones a la mano paternal de Dios que se encuentran en esta parte del sermón.

Es muy necesario orar por la luz del Espíritu Santo y pedir aunque sea una migaja de fe para que podamos ver a Dios obrar, también en nuestra época oscura, y así poder señalarnos unos a otros a Sus obras. Hay acontecimientos solemnes a través de los cuales el Señor nos llama al arrepentimiento. Puede ser un desastre en alguna parte del mundo, una necesidad urgente en nuestro país, o un accidente grave en nuestra vida personal. Puede ser una enfermedad incurable o un caso repentino de muerte. Dios habla a través de las aflicciones y a través de las bendiciones. Nos llama a humillarnos a nosotros mismos y buscar a Aquel que es la Fuente de vida y consuelo.

El Señor también habla a través de las cosas ordinarias de la vida diaria. Pero, ¿qué, en realidad, es ordinario? La mayoría de las veces, solo vemos algo maravilloso en lo extraordinario, en algo muy especial. ¿Pero alguna vez han visto la mano de Dios en las cosas pequeñas, por ejemplo, en un pedazo de pan o en un sorbo de agua? El Catecismo apunta a aquellas cosas que tan a menudo tomamos por sentado: “todo lo que la tierra produce, la lluvia y la sequía, la fertilidad y la esterilidad, la comida y la bebida, la salud y la enfermedad, las riquezas y la pobreza”. Todas estas cosas provienen de la mano de Dios.

Eso no quiere decir que debemos sentarnos y esperar pasivamente. Somos llamados a trabajar. Si un agricultor es flojo, no debería culpar a Dios por una cosecha escasa. Si un estudiante no utiliza sus talentos, solo puede culparse a sí mismo por un examen reprobado. La Palabra de Dios nos enseña a orar y a trabajar. Aunque no hay un texto bíblico que literalmente diga: “Ora y trabaja”, el concepto en sí mismo sí es bíblico. Es importante orar, y es igual de importante trabajar. No debemos sentarnos, esperar y ver qué pasa, sino trabajar en dependencia de Dios. Por otro lado, tampoco debemos esperar hacerlo con nuestra propia fuerza. No debemos pensar que somos nosotros quienes tenemos que mantener el mundo en funcionamiento. Lo que nuestro Catecismo quiere decir es que nada ocurre por azar; todas las cosas vienen de la mano paternal de Dios.

Si tenemos siquiera una pequeña noción de esto, nos será imposible participar en los llamados juegos de azar. Somos bombardeados con folletos y anuncios que nos invitan a comprar un billete de lotería, probar suerte y hacernos ricos rápidamente. Estos juegos de azar no tienen nada que ver con “la mano paternal” de Dios. Las personas son atraídas a visitar casinos, los cuales son lugares terribles. Muchas personas han sido arruinadas allí, tanto moral como financieramente. Incontables personas han terminado quitándose la vida. Todo comenzó de manera tan atractiva, tan tentadora, tan prometedora. Los juegos de azar despiertan deseos egoístas: el deseo voraz de hacerse rico de la noche a la mañana o el deseo impío de llegar a ser grande y poderoso sin usar los talentos naturales que Dios nos ha dado.

¿Quién puede ir a una sala de juegos y orar por la bendición de Dios? ¿Se atrevería usted a hacerlo? ¡Por supuesto que no! Tales lugares y juegos son una negación rotunda de lo que

enseña el Domingo 10 sobre la providencia de Dios. Todas las cosas vienen de Su mano, ya sea pobreza o riqueza. No vienen por azar. No *existe* la suerte. Las personas hablan de tener mala suerte o buena suerte, de ser afortunadas o desafortunadas, pero en la Biblia no hay suerte ni fortuna.

Todo proviene de la mano de Dios. Todo debe esperarse de Él. Todo debe aceptarse de Él. El Señor reina, incluso cuando parece que Satanás reina o que el mundo está gobernado por los políticos y poderosos de la tierra. Dios reina en Su providencia. Al verdadero creyente se le concede ver al Invisible. Se le concede percibir el poder de un Dios todo suficiente y la mano de un Padre amoroso. *De maneras misteriosas, suele Dios aún obrar* Él utiliza incluso eventos aparentemente fortuitos para cumplir Su consejo divino.

Hay un hermoso pasaje en el libro de Rut que lo hace claro. Cuando Rut, como una viuda joven, llegó a Belén, parecía no tener futuro alguno. Sin embargo, era una mujer laboriosa. Un día, le dijo a su suegra: *“Te ruego que me dejes ir al campo, y recogeré espigas en pos de aquel a cuyos ojos hallare gracia”* (Rut 2:2). Noemí la animó y le respondió: *“Ve, hija mía”* (versículo 2). *“Fue, pues, y entró y espigó en el campo en pos de los segadores; y aconteció por casualidad que la parte del campo era de Booz, quien era de la familia de Elimelec”* (versículo 3). ¿Escuchan cómo la Biblia lo describe? *“Por casualidad”*. Desde su perspectiva, sucedió como si fuera por casualidad. Rut no conocía a Booz, que era rico y lleno de gracia. No tuvo ninguna intención de ir a su campo, pero fue el Señor, en Su providencia, Quien la dirigió a ese lugar. El resultado de esta historia nos demuestra que la mano de Dios la guiaba paso a paso. Fue una mano paternal que la favoreció de una forma tan especial.

Congregación, no es difícil hablar de una mano paternal cuando todo va bien en nuestra vida, cuando tenemos salud, dinero, cuando recibimos lo que deseamos, y cuando somos bendecidos con amigos y familiares amorosos. Pero esperen hasta que los problemas y las aflicciones lleguen. Cuando se termina una amistad, cuando estamos solos, cuando sentimos dolor y no vemos salida, cuando hay pobreza, cuando no podemos trabajar como antes, cuando todo se oscurece a nuestro alrededor, entonces todo cambia. Oh, entonces creer que Dios está en control, que Él reina, y que Su mano es una mano paternal, es mucho más difícil. En realidad, es imposible. Se requiere fe para aceptar el trato de Dios y aprobar lo que Él hace. Se requiere fe para inclinarse ante Dios como un pecador que ha perdido todo derecho.

¿Conoce usted este lugar humilde? Allí el Señor puede hacer conmigo lo que a Él le plazca. Allí se vuelve incomprensible que Él no me haya desterrado de Su presencia hasta ahora. Allí, mis ojos se abren para ver a Aquel que estuvo dispuesto a entregar Su vida por un pueblo culpable. ¡Oh, maravilla, cuando puedo mirar a Aquel que tomó la copa de sufrimiento hasta la última gota! ¡Cuando pueda verlo, por fe, en Su indecible agonía y en Su amor sufriente! ¡Entonces puedo creer que Dios ha provisto un Cordero para el holocausto en este bendito Salvador!

En su sentido más correcto, solo podemos confesar que Dios provee si lo hemos conocido en Cristo. Solo podemos confesar que Su mano es una mano paternal si hemos llegado a conocerlo como un Padre por la obra del Espíritu Santo. Necesitamos conocer de manera experiencial el secreto de la vida de Abraham. Necesitamos ser llevados a este Cordero sin mancha y sin pecado, que redime de la ira de Dios. Solo entonces podremos mirar hacia el Señor y ver que Sus ojos están llenos de tierna misericordia. Entonces experimentaremos algo de ese favor paternal e incluso besaremos la mano que nos hiere, porque es la mano de un Padre.

La providencia de Dios no es solo el poder del Todopoderoso; es también la mano de un Padre. Esto hace toda la diferencia en la vida de los hijos de Dios. En el Domingo 10 escuchamos a un hijo hablando. No es un hipócrita ni un filósofo quien habla, sino un alma humilde y temerosa de Dios, un hijo guiado por la mano de su Padre. Hay momentos en los que puede decir: “Mi Padre no comete errores; todo lo que mi Padre hace es bueno”. ¡Oh, qué privilegio es para un pobre hijo de Dios poder decir esto! Es algo digno de ser envidiado —una envidia santa. No hay fatalismo en esta confesión del Domingo 10, sino solo una confianza como de un niño y un consuelo celestial.

¿Cómo es esto en su vida? Oh, niños y jóvenes, oren para que puedan llegar a ser como ese hijo. Los hombres que escribieron nuestro Catecismo ni siquiera habían cumplido treinta años. Pero, ya tengamos treinta, cincuenta, ochenta o más, todos los que han nacido de nuevo se convierten en niños delante del Señor. Por naturaleza, no queremos convertirnos en niños pequeños, pero es una gran bendición ser *hechos* niños. Esos niños espirituales ya no están en control de sí mismos, sino que hay Uno que cuida de ellos. Tienen un Padre, y es un Padre tan bueno, tan poderoso y tan amoroso. Tienen al mejor Padre de todo el mundo.

Su Padre sabe lo que hace, incluso cuando los coloca en la forja de la aflicción. Hay momentos en los que ya no pueden ver esa mano paternal, momentos en los que están desconcertados y la rebelión surge en sus corazones. Sin embargo, su Padre se preocupa por ellos. Él provee, mantiene y sostiene. Su providencia puede ser llamada, en verdad, el poder de Dios y la mano de un Padre. También puede ser descrita como la fidelidad del Señor. Este es el último punto que deseamos considerar, pero antes cantemos del Salterio 202, las estrofas 1 y 2.

* * * * *

Tercer Pensamiento. Es la fidelidad del Señor.

Cuando el instructor llega a su aplicación, el tono vuelve a ser práctico: “¿Qué utilidad tiene para nosotros este conocimiento de la creación y providencia divina?” En otras palabras: “¿Qué ganancia derivamos de esta confesión, de esta fe y confianza?” La respuesta es: “Que en toda

adversidad tengamos paciencia, y en la prosperidad seamos agradecidos, y tengamos puesta en el futuro toda nuestra esperanza en Dios nuestro Padre fidelísimo, sabiendo con certeza que no hay cosa que nos pueda apartar de su amor, pues todas las criaturas están sujetas a su poder de tal manera que no pueden hacer nada sin su voluntad.” La respuesta aborda tres asuntos: paciencia en la adversidad, gratitud en la prosperidad y confianza para el futuro.

El primer fruto de abrazar la providencia de Dios es: “que en toda adversidad tengamos paciencia”. Congregación, hay tanta adversidad en este mundo. El mundo es un valle de lágrimas; es un Mesec de miseria. Los hijos de Dios también reciben una porción de ello, a veces incluso una doble porción. *“Muchas son las aflicciones del justo”* (Salmo 34:19 RVR60). ¡Ay, no siempre están de acuerdo con la voluntad del Señor! La adversidad puede causar rebelión interna, como en el caso de Asaf, quien no lograba comprender los caminos de Dios. También puede llevar al desánimo, como en el caso de Elías, quien suplicó al Señor que le quitara la vida. En tal condición, la cruz se vuelve aún más pesada.

¿Cómo, entonces, deberíamos actuar en la adversidad? Algunos dicen que simplemente debemos aceptar las cosas tal como son. Que no hay nada que se pueda hacer al respecto. Que no podemos cambiar nuestro destino ni evitar la miseria. Según ellos, debemos aceptar y someternos, en lugar de rebelarnos o llorar. Suena como algo mejor, pero no es lo que la Biblia dice. Tal sumisión es una sumisión forzada. Es resignarse a los sucesos inevitables de la vida. Sin embargo, en el Domingo 10 escuchamos acerca de la paciencia en la adversidad. Esa es una sumisión de corazón a la voluntad de Dios, un inclinarse ante Él con un corazón dispuesto.

¿Cómo llegamos a esta paciencia de la que nos habla nuestro Catecismo? Por gracia, congregación, solo por gracia. Esta paciencia se aprende solo cuando somos llevados a ver lo que realmente merecemos por nuestros pecados. Se recibe únicamente cuando entendemos que es Dios quien pone sobre nosotros el peso de la aflicción. Se practica solo cuando vemos cuán privilegiados somos aún por todo lo que tenemos. El Señor puede traer aflicciones dolorosas. Incluso puede quitar de nuestro lado a un hijo, pero quizás tenga un propósito con todo ello. Puede remover un cordero para traer la oveja de vuelta al rebaño.

Pienso en una pareja que vivía muy lejos de aquí. Habían sido criados bajo la verdad, pero cuando se casaron, se mudaron a una ciudad grande y dejaron de asistir a la iglesia. Recibieron una niña, una pequeña hija a la cual amaban mucho. A veces, esta niña se quedaba con sus abuelos y escuchaba cosas que nunca oía en casa. Escuchaba historias de la Biblia y los salmos. Siendo aún pequeña, se enfermó de cáncer. Los padres estaban desconsolados porque sabían que iban a perder a su única hija. En su dolor y desesperación, el padre le preguntó a la niña: “¿Qué puedo hacer por ti?” La respuesta de la niña fue: “Papá, cántame, cántame acerca del Señor.” Entonces el padre tuvo que cantar las estrofas de los Salmos que había aprendido cuando era niño: *“Abre tu boca anhelante, Yo tu anhelo saciaré”* (Salterio 222:5). Hubo algunos del pueblo del Señor en

esa gran ciudad que escucharon sobre ello y sintieron la necesidad de esta niña en sus corazones. Cuando finalmente ella falleció, muchos de ellos estuvieron en el funeral, y el Señor dio un testimonio abundante de que esta niña había recibido una porción mejor. El Señor usó la muerte de esta pequeña niña para traer de nuevo a sus padres a la iglesia y comenzar una buena obra en sus vidas. Un cordero fue removido para que dos ovejas descarriadas regresaran al rebaño.

Sin embargo, el padre no pudo superar la pérdida de su hija. Con la madre fue diferente. Un día, mientras ella estaba al lado de la tumba llorando por su amada hija, fue como si el Señor le preguntara: *“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”* (Lucas 24:5). Eso fue suficiente para ella. Su hija estaba con el Señor. Pero el padre no tuvo lo que tenía su esposa. Volvía al cementerio, día tras día, y permanecía allí llorando, hasta que llegó el día en el que el Señor usó un medio muy sencillo para suplir su necesidad. Era un calendario con meditaciones diarias e historias edificantes. En aquel día en particular, la historia se trataba de un ganadero que tenía que llevar una de sus vacas a un campo al otro lado de una zanja. La vaca se negó a pisar la tabla que cruzaba esa zanja. El granjero intentó empujar al animal hacia adelante, pero fue en vano. Cuando su vecino vio lo que sucedía, le gritó: *“¿No ve que su vaca tiene crías? Tome uno de esos terneros y llévelo al otro lado de la zanja; entonces la madre lo seguirá por sí sola.”* Y así fue. Esa era la historia, y el Señor la utilizó en la vida de aquel padre. Ahora lo veía con claridad: El Señor le había quitado su ternerita para llevarlo al lugar correcto, cruzando el puente, hacia el prado de la iglesia. Entonces su corazón fue quebrantado por la bondad de Dios hacia él, un hombre tan malo. ¿Lo entendemos?

El Señor puede utilizar diversos medios para llevar a un pecador al lugar correcto. Caminos profundos son necesarios para apartarnos del mundo, del pecado y del “Yo”. El Señor viene con adversidad e imposibilidades para humillar a Sus hijos hasta el polvo. Ganados por Él, ellos ponen sus manos sobre sus bocas y ya no pueden mantener pensamientos duros de Dios. Entonces pueden decir como Job: *“Jehová dio y Jehová quito; sea el nombre de Jehová bendito”* (Job 1:21). Oh, ¡entonces pueden besar la vara y probar que de ella mana miel! Pueden aprender y ejercitar la paciencia en la adversidad.

Hay otro beneficio que surge de una confesión obrada por el Espíritu de la providencia de Dios. Nuestro Catecismo dice que “en la prosperidad seamos agradecidos”. Este es el segundo beneficio. Ahora, díganme, ¿cuál de los dos es más fácil: tener paciencia en la adversidad o ser agradecido en la prosperidad? Uno podría decir: “Creo que es más fácil ser agradecido en la prosperidad.” No, no lo es. Se necesita la misma medida de gracia para ser agradecido en la prosperidad que para tener paciencia en la adversidad. Desde el lado del hombre, es igual de difícil; es imposible. Solo por la gracia de Dios podemos ser agradecidos en la prosperidad. Obviamente, podemos *sentirnos* agradecidos, pero eso no es lo mismo que *ser* agradecidos. De hecho, lo que a menudo llamamos gratitud no es más que felicidad. Estamos felices por el regalo recibido, pero la felicidad se detiene en el regalo. La felicidad nos hace descuidados y orgullosos.

Nos hace olvidar a Dios como el Dador. La gratitud, sin embargo, lleva al pecador al polvo y lo dirige al Dador. Nos hace inclinarnos ante Sus pies como criaturas pobres y dignas del infierno. Entonces, no tenemos nada en nosotros mismos y todo en Él.

Los hijos de Dios saben un poco de lo que esto significa. No siempre pueden verlo, pero han sido tomados por Su cuenta. Le pertenecen a Él, cuerpo y alma. Incluso su comida y bebida han sido compradas con la sangre de Cristo. Viven bajo el cuidado paternal de Dios. La providencia de Dios es para su bien. Es el poder de Dios sosteniéndolos, la mano de un Padre guiándolos, pero también la fidelidad del Señor rodeándolos. Si se les concede ver un poco de todo esto, los hace sentirse tan pequeños. Entonces claman: “Oh Señor, ¿cómo es posible que Tú me trates con misericordia, siendo yo un pecador tan vil y condenable? *‘¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?’*” (Salmo 116:12). Gratitud en la prosperidad: ese es el segundo beneficio contenido en la providencia de Dios.

¿Cuál es el último beneficio? El instructor dice: “y tengamos puesta en el futuro toda nuestra esperanza en Dios, nuestro Padre fidelísimo”. Si perdemos esa confianza, siempre estaremos preocupados y afanados. Entonces ponemos nuestra confianza en el hombre, en los príncipes o en nosotros mismos. Entonces ponemos nuestra confianza en los medios y no en Dios.

Hay medios lícitos, medios dados por Dios, que debemos usar con gratitud y profunda dependencia en Él. Pero también existen medios ilícitos, medios que contradicen nuestra confesión de la providencia de Dios. Vivimos en tiempos en los que las personas ponen su confianza en los seguros y las vacunas. Escuchamos sobre el control de la natalidad y planificación familiar. El hombre moderno toma su vida en sus propias manos y ya no siente la necesidad de Dios. Pero cuando hay confianza en un Dios y Padre fiel, y cuando esa confianza está viva, entonces tenemos suficiente en Él. Entonces podremos unirnos con Abraham y decir: “¡Jehová proveerá!”

Pienso en un pastor escocés que tenía trece hijos. Algunos se reían al ver esa familia, mientras que otros pensaban que era irresponsable vivir de esa manera. Un día, alguien le dijo: “¡Pastor, usted tiene tantos hijos como Jacob!” “Sí”, fue su respuesta, “Y tengo el Dios de Jacob para cuidarlos”. ¡Qué privilegio si podemos decir esto en todas las adversidades de nuestra vida!

El Señor es un Dios tan bueno y fiel. Él es el Inmutable, el Jehová que guarda el pacto. bienaventurados aquellos que mueren a su confianza en ellos mismos y en todas las cosas fuera de Dios. *“Bienaventurado aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios”* (Salmo 146:5). Puede que tengan que pasar por mucha tribulación, y que sean tratados como ovejas para el matadero, sin embargo, están seguros en las manos del Buen Pastor. No hay nada que los pueda separar del amor de Dios en Cristo —nada, ni en la vida ni en la muerte;

“pues todas las criaturas están sujetas a su poder de tal manera que no pueden hacer nada sin su voluntad”.

Así concluye el Domingo 10. Sin la voluntad de Dios ninguna criatura puede moverse. ¡Qué fuente de consolación para los pobres y necesitados hijos de Dios! ¿Es esto también una fuente de consolación para usted, o es más bien una razón para temer? Para el pueblo de Dios, la verdad de la providencia de Dios es un gran consuelo. Esta providencia no es solo el poder del Todopoderoso; es también la mano de un Padre. Aún más, en ella pueden ver la fidelidad del Señor. Puede que luchen con la incredulidad y su propio corazón pecaminoso. Puede que sean atacados por el Príncipe de las tinieblas, el mundo, y un ejército de enemigos a su alrededor, sin embargo, están seguros en Dios —“pues todas las criaturas están sujetas a su poder de tal manera que no pueden hacer nada sin su voluntad”. Amén.

Salterio 366:3